

En los momentos de que hablo, todas las formalidades del rito se limitaban y reducían sensiblemente, hasta el punto de que todo consistía en un ágape entre las familias de ambos pretendientes, dándose por entendidas y aceptadas las demás obligaciones del ritual.

Llegada la noche de la petición quedamos bajo la tutela del abuelo y de mi prima, mayor que nosotros. Nuestros padres marcharon a casa de la novia, pasada la ronda, esquina con la calle Pedro Oviedo. Aquella marcha no nos complacía, no podíamos resignarnos a perder la diversión, de modo que crecía nuestro deseo de asistir al tiempo que dábamos vuelta a la forma de llevarlo a cabo.

Subimos al cocinote que servía de trastero, al final del corredor que da al patio. Entre cajas de cartón revolvimos arneses y ropas pertenecientes a la Hermandad de Santiago (los de a caballo). Un par de sables, dos capas, dos cortinas viejas y dos botas de montar con sus espuelas, sirvieron para completar un esperpéntico disfraz. Botas calzadas, sable a la cintura, cortina a modo de sudario y capa blanca al hombro nos dispusimos a partir, ante la sonrisa cómplice del abuelo y el temor responsable de mi prima. Habíamos calculado que al presentarnos en la casa de esa «guisa» seríamos indultados por la ocurrencia e invitados a pasar. La calle Santa Ana estaba pobremente iluminada por bombillas situadas a larga distancia. Costaba reconocer una cara a tres metros del lugar que iluminaban. Cerramos la puerta de la casa y nos dirigimos cautelosos y embozados calle arriba. Era hora elevada de la noche y sólo la luna, como un queso, era testigo de nuestra maniobra dando a la escena un halo macilento. No habíamos andado cincuenta pasos cuando observamos dos bultos negros que salían de la casa de la novia y se dirigían a nuestro encuentro. El temor de ser vistos nos atenazó sin saber qué hacer. Tras unos instantes de duda, volvimos los pasos hasta la travesía de Santa Ana, con intención de ocultarnos hasta que pasara la pareja, para después reiniciar nuestra aventura. Doblamos la esquina y nos quedamos apretados contra la pared, confiados en que no se apercibirían de nosotros.

La bombilla de la esquina o un sexto sentido de la mujer dio al traste con nuestras intenciones. Pasaban justo enfrente y dio un grito ahogado, agarrando con fuerza al marido y con la voz desencajada, le indicó que en la esquina había dos fantasmas. Inmediatamente, el hombre puso a la mujer tras de su cuerpo, protegiéndola con ambos brazos. Luego tartamudeando nos inquirió

—¡Qui. quien quiera que sss. seáis, no .no tendréis valor de dar la .la cara!

El hombre no hablaba convencido de sus propias palabras. En breves instantes ahuyentamos el miedo y adoptamos una postura estática y muda. El hombre miraba en todas direcciones buscando ayuda en vano. Con voz queda nos dábamos ánimos premaneciendo inmóviles, a intervalos medidos, mi primo hacía sonar un ¡clic! metálico chocando la espada con la vaina, el sonido se amplificaba en el silencio de la noche.

La mujer suplicaba al marido que salieran corriendo, imploraba a Dios, pero sus piernas permanecían atenazadas, como clavadas en el suelo. Durante breves minutos, a las escenas de histeria de la mujer sucedían ligeros atisbos de valor en el marido, cada vez más acobardado. Por toda respuesta el ¡clic! metálico elevaba por momentos el misterio.

En un alarde de valor, el hombre tiró de su aturdida mujer y corrieron calle abajo perdiéndose en la oscuridad de la noche.

Repuestos del susto, decidimos reanudar nuestra gesta, cuando contáramos lo ocurrido nos franquearían la entrada a la fiesta. Pero nuevas sombras aparecieron a nuestro encuentro unos pasos más allá, ahora eran nuestros padres que regresaban a casa. En virtas de lo inútil de nuestro esfuerzo, descubrimos nuestros rostros y acudimos a su encuentro. Nuestro aspecto les causó amplias sonrisas que en casa, contándoles lo ocurrido se tornaron en carcajadas.